

data de la publicación del primer número de *La Campaña*.

Y verá usted por qué me he convencido de ello.

Una tarde del mes pasado salía yo de Lara con un respetable padre de familia, y al poco rato de andar por la calle, una señora amiga nuestra nos detuvo y dijo á mi compañero:

— Adiós; saluda á tu mujer... y muchos lengüetazos y chupitinas á las chicas.

« Voz del pueblo voz de Dios » — pensé.

Luego, en Barcelona, un pobre empleado de comercio que estaba ya cansado de pegar sobres, exclamó ante mi amigo Font:

— ¡Quién tuviera una lengua á lo Juan Valera!

Y algunos días después, al llegar á París, me encontré con una crónica del popularísimo Scholl, que comenzaba aludiendo á usted en los términos siguientes:

« *La nature nous a fait présent d'un organe mince et délicat, dont la puissance est incalculable et l'empire sans bornes. Cet organe, c'est la langue.* »

Sin embargo, benévolo maestro, yo no había reclamado aún la parte de gloria que por haber inspirado la carta (la carta por antonomasia) me correspondía, y seguramente nunca lo hubiera hecho, si usted no me hubiese invitado á ello llamándome « desvergonzado » y « mentecato » en la *España Artística*... Todavía después de leer eso, tampoco quise hacerlo en mi crónica de la semana pasada, creyendo que el mejor medio para consolarse del insulto de un amigo, es recordar los elogios que antes nos ha prodigado el mismo amigo. Por mi parte, pues, hubiérame consolado de las últimas palabras de us-

ted, leyendo de nuevo, en *Las Novedades* y en el *Mundo Diplomático*, sus antiguos « frenéticos aplausos ». Pero es el caso que mis compañeros, que han visto *La España Artística*, me aconsejan que escriba á usted, no para defenderme, sino para defender á París.

¿ Me permite usted, querido maestro, que en nombre de París proteste contra las acusaciones de usted ?

Usted acusa á la capital de Francia de no ser más inmoral que las aldeas de Andalucía, de la Mancha, de Méjico y de África. Usted dice que el rey Asuero fué, por lo menos, tan perverso como el abate Vintras. Usted supone que en asuntos de voluptuosidad no hay nada nuevo bajo el sol pálido de Lutecia...

Los « parisienses » como Rodrigo Soriano y yo, no podemos oír hablar así sin indignarnos...

...Y protestamos.

Protestamos diciendo:

Sin duda en todas partes hay vicio, queridísimo maestro: pero no como en París. — En Nueva York mismo, las niñas se dejan seducir hidalgamente y luego se suicidan; en el propio Chicago, en donde todas las mujeres tienen sabor de jamón resalado (no *resalao* cual las andaluzas, sino resalado), en el propio Chicago existen sibaritas que hacen adobar á sus mujeres (como el rey David de quien usted nos habla) y que luego se las comen... mas no á la moda de Caen.

El vicio es más antiguo que el hombre, puesto que el hombre es hijo del vicio. Pero el vicio de París tiene algo de especial.

De los hebreos y de los griegos nos ha hablado

usted ya. Yo me permitiré únicamente recordar la frase de Catulo relativa á las mujeres de Roma : « Esas vorágines — decía el simpático poeta — devoran á los hombres por el centro. »

Las vorágines de París son más refinadas aún, puesto que no sólo devoran á los hombres, sino también á las mujeres.

En París...

...Pero decir lo que en París se hace, es difícil en público.

¡Se hacen tantas cosas raras! Figúrese usted querido maestro, que hasta se hacen esfuerzos para no llamar « desvergonzados » y « mentecatos » á los amigos á quienes *catorce días* antes se les ha dicho que se les quiere mucho...

¡Oh París, cuán franca es tu artificiosidad al lado de nuestra hidalga sencillez!

*
* *

MARTES. — Madrid á las seis de la mañana: el Madrid desierto y muerto de la madrugada... Todos mis amigos duermen aún. Sólo Orts Ramos está allí, en el andén, esperándome.

Charlamos. Va á publicar un libro. Quiere un prólogo mío. ¿Eróticos?— Sí; «Eróticos y sentimentales». En el silencio de la hora, pienso en Orts Ramos, mientras él, á mi lado, gesticula, se queja de Soriano y me pregunta por los compañeros de París.

Creo que fué don Nicolás Estévez quien me lo

presentó una tarde, hace ya muchos años, en el patio del Gran Hotel.

— El señor Orts Ramos.

En aquella época este nombre no evocaba nada en mi imaginación. Ni lo había oído antes, ni creí volverlo á oír una vez que el que lo llevaba se hubiese marchado nuevamente á Madrid, á Buenos Aires ó á la China.

Porque, según me dijeron desde luego, Ramos era un gran andariego: había recorrido toda Europa, toda América y buen trecho de África.

Los días pasaron, sin embargo, y el judío errante no se movía del Gran Hotel.

Una noche me dijo, con verdadero acento de tristeza:

— Tengo una real pena, pues probablemente me veré pronto obligado á marcharme.

— Mejor, así conocerá usted más mundo.

— París me bastaría. Para mí esta ciudad es la única habitable y la única adorable.

Desde entonces comencé á simpatizar con él.

He visto llegar á muchos chicos que se creen artistas y que se creen parisienses porque han publicado un libro y porque han plagiado á Catulle Mendès. Les he visto llegar con entusiasmo, como quien llega á la ciudad santa del arte. Les he visto, luego, irse aburriendo á medida que no comprendían la gracia de la gran ciudad, y al fin les he visto marcharse desilusionados, figurándose que aquí no hay nada, porque ellos no han visto nada aquí.

Juan Ruiz ha sido uno de ellos, y si le cito es porque le considero como el más perfecto ejemplar del snob vanidoso que prefiere ser maestro en la Pampa

á ser admirador en una gran ciudad. Juan Ruiz es legión.

En Orts, el modo de comprender París me gustó desde luego.

— Adoro á esta ciudad — me dijo.

Y más tarde, cuando intimamos, me explicó por qué la adoraba. No era por los cafés dorados que atraen al rastacuero, ni por la facilidad para liar relaciones con pecadoras esbeltas, ni por la inmensidad pintoresca de los Campos Eliseos. Era por lo que hay en ella de caracteriseo, de poético, de íntimo. Era por los ojos color de violeta de las obreritas, por la febril actividad de los trabajadores, por el culto á la Belleza que en todas partes se nota y por la sencillez sonriente de los artistas. Lo que le gustaba, lo que le entusiasmaba, lo que le hacía sentirse triste al marcharse, no era el cuerpo, el aspecto exterior de la ciudad, sino su alma enorme y delicada.

Orts es un psicólogo instintivo para quien el mundo visible apenas existe. Las mujeres de provocantes formas y de labios de flor cuyas imágenes llenan algunas páginas de sus libros, no son sino pretextos á sentimentales variaciones sobre el placer y el dolor que sus caricias producen. Orts las contempla y luego siente, como el hombre extático de Barrès, que lo que le interesa en ellas es su propio yo. Los ensueños, las meditaciones, el dato menudo que sirve para edificar ideas generales, los recuerdos infinitamente pequeños é infinitamente subjetivos, se aglomeran en su mente para formar lo que el filósofo ha llamado « nuevo mundo sensitivo », y en el cual todo es ideológico, hasta nuestros dolores y nuestros deseos. Su cerebro transfigura las formas en

material para fabricar meditaciones subjetivas. Á veces goza padeciendo, porque se figura que su dolor es grande y es bello...

Y sí lo es. El dolor de los hombres superiores tiene siempre una algidez morbosa que emociona sin inspirar lástima ó al menos sin inspirarla de una manera humillante. En quien se ve á sí mismo padecer, la consciencia del masoquismo es un consuelo y una fuerza.

Orts Ramos es un masoquista sentimental.

Y es algo más: es un enfermo de narcisismo, un escritor enamorado de sí mismo, no como los necios que, sin saber lo que dicen, se llaman locamente sublimes cultivadores de rosas, sino á la manera de Amiel que llegó á considerarse una verdadera caja de fenómenos y para quien los paisajes eran un estado de alma.

Orts daría sus escritos por los de cualquiera. Su orgullo no es literario, sino psíquico. Lo que no cambiaría por otra ninguna, es su alma de artista, su alma casi femenina enamorada del dolor y de la melancolía, su alma sonriente y adolorida, su alma aventurera y atormentada, pues, buena ó mala, frívola ó profunda, la adora y se recrea viéndola vivir la vida complicadísima de los sentimientos y de las sensaciones.

Al traducir al divino Beyle hizo, á la vez que obra de artista desinteresado y de discípulo agradecido, una profesión de fe muy elocuente, demostrándonos que aun en el trabajo casi manual, en el trabajo de traductor, su temperamento no le deja aplicarse sino á una labor que le permita pensar en sí y cultivar su personalidad.

Sus artículos de periódico y sus estudios de revista, nos prueban lo mismo. Todos son impresionistas y subjetivos. En ninguno de ellos hay teorías, ni cánones, sino simplemente la exposición elegante de lo que « el hombre » ha sentido.

Si de alguien puede decirse, en fin, que al hacer críticas se contenta con referir las impresiones de su espíritu en los viajes á través de los libros, es de Orts Ramos.

Los que le conocen íntimamente le aconsejan que escriba sus memorias, asegurándole que con los recuerdos de sus peregrinaciones y de sus aventuras podría hacer una preciosa colección de cuadros versicolores llenos de movimiento, de intimidad y de melancolía, y hasta creo que Bonafoux le propuso en otro tiempo que las escribiese para *La Campaña*.

Yo también se lo he aconsejado. Pero leyendo hoy las páginas de *Eróticos y Sentimentales*, me convenzo de que nuestros consejos son inútiles y que Orts Ramos no los necesita; pues sin que nadie se lo diga, y tal vez sin notarlo él mismo, toda su obra se compone de recuerdos más ó menos sutiles, más ó menos indirectos, más ó menos amorfos, pero en todo caso muy personales y muy palpitantes.

No lo olvidéis al leer sus cuentos y sus fantasías: el héroe de todas ellas es el autor. El hombre que sufre porque adora sin esperanza, el hombre que llora porque ha perdido las ilusiones, el hombre que expresa sus deseos carnales en frases casi místicas: todos los hombres que viven en sus novelitas y en sus estudios, en fin, son él, nada más que él.

¿Y cómo no había de ser así, puesto que el artista sólo refiere lo que le interesa, y á Orts únicamente su

alma le interesa? Mejor que *Eróticos y Sentimentales*, aquellos capítulos debieran titularse Intimidades incoherentes, ó de un modo más modesto: Cosas mías.

Porque eso son: cosas tuyas, cosas secretas, cosas sentidas, cosas sin coherencia como la vida misma, cosas que antes de ser frases, fueron hechos y que antes de llorar ó de sonreír en el papel, sonrieron y lloraron — ¡lloraron sobre todo! — en el alma de un poeta.

Los que le conocemos estamos seguros de ello y por eso le queremos. Por eso le quiere mi compañero Bonafoux; por eso le quiere mi amigo Armando Palacio Valdés. Por eso le quiero yo.

... Le queremos y le admiramos, porque vemos en él á uno de los hombres más sencillos, más sinceros, más incapaces de ponerse máscaras morales y más enemigos de ocultar sus lágrimas, que la joven generación intelectual ha producido.

*
* *

DOMINGO. — En casa de Fernanflor, en la calle de Cedaceros. — El gran pintor Wislers publicó hace tiempo un libro titulado *L'Art charmant de se faire des ennemis*. Volviendo el título al revés, Fernanflor podría escribir un tratado de íntima psicología sobre *El Arte delicioso de hacerse amigos*.

Nadie, en efecto, conoce tan á fondo como el genial cronista, ese arte refinadísimo de cultivar el yo de la multitud, de gustar á todo el mundo, de agradecer

á los escogidos, de ser popular sin dejar de ser artista, de ser insinuante sin ser halagador y de atraer sin hacer ruido. Los que en 1870 leyeron sus primeros cuentos ó sus primeras revistas, siguen siéndole fieles como lectores. Su público admirador, cuenta legionarios en todas las categorías sociales; y si una de esas agradabilísimas mañanas en que un periódico publica producciones suyas, el clásico diablo Cojuelo levantara los techos de todas las casas españolas, para hacer contemplar á los que se deleitan con Fernanflor, veríase el más variado de los cuadros: — un cuadro en el cual figurarían desde el altivo comentador de Nietzsche, hasta el que pesca en la ruin barca de Jorge Ohnet.

Ameno y atildado á un tiempo mismo, Fernández Flórez realiza el tipo perfecto del cronista, del cuentista moderno que no ve en los acontecimientos pasionales, en los hechos del día, en los sucesos de actualidad, en las múltiples manifestaciones de la vida cotidiana, en suma, sino la nota de color, el fondo de ternura y el aspecto psicológico de los casos. Algunas de sus crónicas, son cuentos de sensibilidad eterna. Muchos de sus cuentos son ampliaciones ó reducciones estéticas de la anécdota palpitante de la actualidad.

Es un *dandy* de las letras, en quien Henry Fouquier reconocería á un hermano. Algo inglés de manera y algo francés de cultura, es muy español por el alma.

Considerándole como un *dandy*, le he creído siempre un desterrado de siglos más suntuosos y más finos, en nuestra época de falsa igualdad. No es, como Guy de Maupassant, un plebeyo que suspira

por las miradas linajudas. Es el gentilhomme de las letras, el hijo del condestable Barbey d'Aurevilly, el caballero, siempre correcto y siempre benévolo, en quien la piedad y la ironía temperan el desdén. Es un nostálgico.

Oyéndome hablar así, sonríe y me dice:

— No; no lo crea usted. Yo soy más bien un demócrata en el buen sentido de la palabra; un demócrata que pide la igualdad de las camisas limpias, de los trajes bien cortados, de las manos blancas y de las corbatas lujosas. El pueblo es igual á nosotros y nosotros se lo concedemos. Que nos conceda, pues, él, el derecho de llevar cintas de terciopelo en las chisteras y polainas blancas sobre las botas. La tolerancia debe principiar por abajo...

Un mohín de labios que sería una mueca si no fuese una sonrisa, acompaña esta última frase en la cual está resumida toda la superioridad de raza de los elegantes de nacimiento.

Fernanflor continúa:

— En otro tiempo combatí á los republicanos federalistas; últimamente me opuse á las intransigencias coloniales... Y es que, por encima de todo, yo he sido siempre un español. El cariño que mi alma abriga hacia las cosas nobles y antiguas, hacia los nombres, los títulos y los muebles que han sido oreados por la brisa preñada del aureo polvo de los siglos, me seduce lo mismo que seduce á todo buen castellano... Porque no hay duda de que en los nombres hay una belleza que todos experimentamos, aun sin darnos cuenta de lo que significa; y de que cuando decimos « el duque de Alba » ó el « conde de Olivares », producimos una imagen más bella que al murmurar

«Juan Pérez», «Pedro López...» Todos somos iguales, sin disputa... pero de modo diferente...

Un instante de silencio.

Luego, acariciando con mirada cariñosa los muebles de su despacho:

— Ya usted ve — prosigue. — De una manera utilitaria, lo mismo sería trabajar aquí que en un cuarto de casa de huéspedes; y sin embargo, yo prefiero esto que es viejo, que es noble, que es elegante, á lo que es nuevo y vulgar... Los jóvenes, que generalmente son socialistas, no comprenderán mis preferencias artísticas.

— Sí, maestro. — Á pesar de ser algo mas que socialistas, los jóvenes que piensan y que sienten, comprenderán siempre la belleza de lo muerto y de lo agonizante. Fuenterrabía y Brujas aletargadas en sueño idéntico bajo sus cielos opuestos, parécenles adorables. Los nombres antiguos y sonoros en las sílabas de los cuales palpita el alma heroica de los siglos idos, les conmueven; y aún sin saber lo que hicieron los caballeros de Malta, los admiran porque fueron caballeros y porque fueron de Malta — la clara, la lejana, la prisionera... Los soles desvanecidos cuyos reflejos incendian aún las armaduras inútiles, tienen para ellos el prestigio misterioso de lo que ya no es discutible. Las reales academias y los ducales salones en donde usted luce como embajador del ingenio literario, parécenles bellos á su manera.

La juventud no es, á Dios gracias, como el ingenio Maeztu la pinta, como el inevitable Unamuno la desea. Todavía quedan gotas de sangre artística en las venas de veinte años.

Durante los rápidos instantes que permaneci en el

despacho de Fernanflor, logré comprender, mejor que después de largas y solitarias reflexiones, por qué sus frases son nobles y son finas.

La madera del escritorio, esculpida por doctas manos del Renacimiento; el hierro antiquísimo de los altos pebeteros; las molduras de oro arcaico entre las cuales los rostros antiguos sonríen, las vasijas de porcelana sajona en cuyos flancos brillan, con la dulzura de sus pálidos esmaltes, mil grifos heráldicos; las telas preciosas y pesadas que cubren la chimenea señorial y en cuyo campo de sinope destácanse raras floras y extrañas faunas en primitivos relieves; el cuero cordobés de las butacas; el pergamino italiano de las encuadernaciones, todos los objetos que al ilustre académico le son familiares, en fin, denotan, desde luego, el buen gusto y hacen ver que quien entre tan delicadas cosas vive, no puede menos de ser un artista...

No sé si Fernanflor nació rico, pero supongo que sí. La ternura algo burlona de sus primeras obras, denota ya en él al hombre acostumbrado á vivir bien.

— La bohemia me repugna — dijome un día.

Rubén Darío y Valle Inclán — que también tratan de ser escritores de alma principesca — me han dicho lo mismo muy á menudo.

Y se comprende. La bohemia de casi todos es la liga de los cuellos sucios y de las copas de mal vino.

La otra bohemia, la mía, la que no representa sino una gran libertad de alma artística dentro de la disciplina severa de la forma, sólo existe en París.

Aquí en Madrid Fernández Flórez hace bien en odiar á esa bohemia que mató al pobre Delorme y

que ha convertido al delicadísimo José de Cuéllar en un judío errante del periodismo provinciano.

Remontando la corriente de sus recuerdos, Fernanflor me dice:

— Á los diez y siete años escribí é hice representar una comedia...

Lo dice sin enternecimiento, como si las anécdotas juveniles no significasen nada para él. Y luego, á pesar de mis reiteradas preguntas, guarda un silencio profundo sobre su adolescencia, sobre su primera juventud, sobre sus años de aprendizaje y de lucha por la gloria.

Á pesar de ser un partidario decidido del arte por el arte, lo único que en la conversación parece interesarle, son las ideas. En cuanto á las intimidades, imposible arrancarle la más pequeña confidencia.

¿Discreción de académico? ¿Desconfianza de maestro ante un retratista sin escrúpulos? ¿Modestia acaso?

No.

Lo que hace callar á Fernanflor cuando alguien trata de sonsacarle personales remembranzas, es su instinto de *dandy* — ese mismo instinto que hacía decir á Barbey d'Aurevilly cuando un periodista iba á verle:

— Si eres mi admirador por oficio, no entres.

*
* *

MIÉRCOLES. — En el Moderno de Madrid. — Cuando Pinedo abandona los zancos clownescos y la señorita

Alonso consigue convertir á su príncipe en un marido verdadero, comienza un breve cortejo de feminidad cosmopolita.

Tres mujeres aparecen, una tras otra, y durante algunos instantes cantan y nos encantan, y bailan, y sonríen con sus labios pintados, y alzan las piernas esculturales, convencidas de ser artistas y seguras de producir en nuestras almas una sensación agradable.

Mirka, Nella, Frieda...

Las tres son deliciosas. Las tres son ágiles y rítmicas. Las tres saben lo que valen.

Lo que ninguna de las tres sabe, es que, unidas así en ideal ramillete dentro de una *corbeille* española, representan para nosotros la variedad del Gesto moderno.

Tú, Mirka, eres París. Eres París con su gracia cortesana, con su elegancia altanera, con su atrevimiento revolucionario, con su ingenuidad canallesca, con su frivolidad sensitiva, con su sinuosidad esbelta. Tu cuerpo fino y flexible ondula, cual un mimbre de invernadero, de un modo inconscientemente artificial, y en tus pupilas pálidas las chispas no se encienden sino para morir en seguida ahogadas en una lágrima, después de haber brillado con la temblorosa rapidez de los relámpagos primaverales. Un aroma embriagador de polvos de arroz y de lilas nuevas se exhala de tu cabellera castaña.

Los revisteros entendidos en clasificaciones de géneros, aseguran que eres *gommeuse*. Sin duda lo eres, puesto que llevas un monóculo y dices, con impertinencias de chiquilla mal educada, lo que no debe decirse. Eres *gommeuse* porque no eres la *romanière* que evoca sombras desvanecidas al claro de la luna,

porque no te cubres el rostro con la falda vertiginosa como las *chahuteuses*, porque no sabes articular con acento impecable como las *diseuses*. Eres *gommeuse*, en fin, por la fuerza ineludible de la eliminación clasificadora. Mas eso no importa. Para mí simbolizas el alma alada, bohemia, íngnua, de todo un pueblo. Eres París.

Te llamas Colombina. De tu abuela Anés heredaste el orgullo, y tu madre Casandra te legó la sutileza. Pierrot te adora porque es la humanidad. Tus pintores se llaman Willette, Steinlen, Chéret. Tu poeta es Banville. Tu historiógrafo Jules Janin.

Algunos dicen que eres muy perversa. Es cierto.

Algunos otros dicen que eres muy buena. También es cierto.

Lo eres todo. Eres el pecado y el perdón, la piedad y la ironía, el vicio y la pasión. En ciertas ocasiones la ternura te obliga á besar la cabeza de un caballo de ómnibus, y al día siguiente ninguna fibra de tu ser se conmueve cuando Pierrot, loco de deseo, te acaricia.

Más femenina que tus hermanas del Sur y del Norte, y más artista que todas las demás hijas de Eva, pareces la tentación universal.

Eres París, te repito.

Tú, Nella, eres de Nápoles y eres Nápoles. — No eres Italia. — Eres Nápoles. — Mezettino tañe por la noche, bajo el manto azul tachonado de lágrimas de plata, su mandolina doliente y suplicante. Leandro, en la esquina, te dice su canción apasionada. Tú escuchas y sonríes sin emoción profunda, sin voluntad verdadera, ignorando si quieres á Leandro ó adoras á Mezettino y dispuesta á entregarte, enco-

mendándote á la Madona, al primero que se decida á requerirte con tiránica energía. Tu cuerpo es delicado y frágil, pero tu alma conserva el salvajismo primitivo de las razas esclavas. En tus ojos, tallados como diamantes, con pupilas dilatadas y luminosas, no resplandecen sino las mil luces, atrayentes y monótonas, del cariño y del amor. Tu cerebro no necesita engolfarse en reflexiones complicadas, cual el de tu hermana Colombina. Ni piensas, ni deseas, ni te quejas. Eres la resignación y la pasividad.

Al tener, apenas, cinco años, arrullabas á tu muñeca con ternura maternal, porque algo te indicaba ya confusamente que habías venido al mundo para el deber más que para el placer. La parisiense no hacía lo propio á la misma edad, pues una voz misteriosa decíale que la Naturaleza la había creado para el placer más que para el deber.

Cuando estás alegre, como ahora, bailas la tarantela y eres ligera sin malicia; rítmica sin hieratismo; esbelta sin coquetería.

En tus movimientos hay algo de campesino, algo de pastoral. Las chicas de Tanagra y de Pompeya deben de haber bailado, como tú lo haces hoy, en las kermesas de la vendimia al son de las rústicas flautas paganas.

Eres la sencillez, la bondad, la alegría. Nada en ti es malsano y enfermizo, porque la brisa del golfo, que madura prematuramente los frutos dorados de los senos, impregna también el alma de simplicidad marina.

Sigue bailando. La vida es siempre corta y la tuya lo es más que la de ninguna otra. A los veinticinco años, cuando Colombina esté aún en la plenitud de

su encanto sensual, tú serás ya la flor marchita del invierno. Para ti no hay otoño melancólico ni lento declive envuelto en luz que aún no se ha ido y sombras que todavía no han llegado. ¡Que tu primavera sea un beso sin fin y una tarantela interminable!

Baila, napolitana.

¿Y tú, Frieda? Tú eres Viena.

Al verte aparecer, marchando rítmicamente, con paso breve y regular, al verte sonreír con encantadora petulancia, al admirar la caprichosa fantasía de tu inmenso sombrero púrpura, la elegancia de tu cortísima falda, la redondez de tu pantorrilla, la delicadeza de tus tobillos; al recibir la limosna de tu sonrisa invitadora y de tu mirada que acaricia, al contemplarte por primera vez, en fin, pareces una parisiense. Eres una Colombina algo gorda y demasiado rubia. Tus medias de seda negra atadas muy alto por cintas color de carne, son del bulevar. La ironía benévola de tus labios, nos hace pensar — ¡con cuánta nostalgia! — en las noches de Montmartre.

Y cuando cantas articulando con una precisión matemática palabras duras de una lengua incomprendible; cuando cantas, y bailas, y te retuerces, formando raros espirales de danza al compás de una música funambulesca, diríase que eres una *girl* de Londres ejecutando un *highland-flig* canallesco.

Lo mismo que Brummel, eres de Londres y de París, y unes el *chic* al *smart*.

Por eso eres Viena — Viena la noble — la artista, la entusiasta; Viena de los placeres, de las tabernas doradas, de las carrozas floridas, del amor callejero; Viena la perezosa, la antigermana, la alucinante.

Ríes, y tu risa suena con alegría de cascabeles. Ríes al cantar, al bailar, al andar. Ríes de los demás, y ríes de ti misma. Todo en ti es alegre, fresco, incitante. Tus mejillas provocan al mordisco cual los melocotones maduros. Tu piel es suave y tibia como los rasos nuevos.

En tu calidad de objeto de lujo, no tienes rival. La parisiense es sinuosa, es felina y dentro de los guantes suele llevar garras de pantera. La española es violenta y no acepta de buen grado el corral con cerco de oro. La italiana, es monótona. La inglesa, no es bella. Tú eres bella con la belleza mórbida de las queridas del Ticiano, y además eres picaresca como Colombina sin tener su alma viciosa. Al verte, los artistas sentimos no ser millonarios... Sería tan agradable vivir acariciado por tu sonrisa, verte, en los rincones del estudio, estirándote, cual una gata rubia, en divanes muy bajos y muy muelles, respirar en la atmósfera saturada por el aroma de tu cuerpo desnudo, hacerte bailar danzas secretas en la penumbra de la alcoba, y luego, ya muy tarde, dormirse entre tus brazos que son los más blandos cojines de Citerea...

... ¿Qué, no sois así? Lo siento. Así debierais ser, y para mí así sois. Los paisajes son un estado de alma...



VIERNES. — En casa de don Antonio de Valbuena. Al subir la escalera del Hotel de Rusia que con-

duce á la modesta habitación del autor de los *Ripios*, recordé que alguien me había hablado de él como de un ogro atrabiliario é intratable. — « Para conjurar sus anatemas — me dije — recitaréle un discurso en clásico lenguaje. » — Y comencé á preparar mentalmente, con terror metódico, una correctísima autopresentación:

— Magüer que mis merecimientos sean azás insignificantes, atrévome á presentarme ante vuestra merced, impulsado por el vehemente deseo de expresar mis agradecimientos por las tan encomiásticas como inmerecidas alabanzas que vuestra merced ha tenido la bondad de consagrarme en uno de sus nunca bastante ponderados libros.

Y seguro del efecto que mi cervantina elocuencia había de producir, veíame, mentalmente, recibido como un devotísimo discípulo y me regocijaba con la perspectiva de poder sentarme en un apolillado sillón, para escuchar las cláusulas torquemadescas con que el maestro me hablaría de nuestros muy incorrectos y muy impíos contemporáneos.

« ¡Esta visita sí que será solemne! » murmuraban mis labios irrespetuosos, al mismo tiempo que mi mano, tímidamente, llamaba á la puerta.

» ¡Ya lo creo que será solemne! »

Pero el entrevistador supone, y el entrevistado dispone. Don Antonio de Valbuena fué, para mí, la más grande de las decepciones. En vez del viejo truculento é implacable que creí encontrar en él, hallé á un hombre sencillo, bondadoso, amable, casi tímido, muy campechano:

— Tome usted asiento.

... Y la silla en que me senté, tampoco era una

butaca del siglo XVI, sino un vulgar taburete de nuestra época.

Al cabo de un cuarto de hora de charla, ya hablamos de todo y de todos, como dos antiguos camaradas.

— ¿Entonces, don Antonio, usted está decidido á abandonar el periodismo para consagrarse á las luchas parlamentarias?

— Ya usted lo ve... Voy á tratar de ser diputado, lo mismo que los demás. Pero no es la primera vez que trabajo en ese sentido. En 1872 me presenté en Sahagún, y aunque todo el distrito electoral creía, con grandes apariencias de fundamento, que mi elección era cosa hecha, á última hora resultó victorioso un candidato ministerial á quien nadie conocía en la comarca...

En seguida, con acento burlón y resignado:

— Eso es muy común en nuestra patria, desde que gozamos del régimen de libertad. En otro tiempo no había tanta libertad en las arengas ministeriales, pero sí la había en la práctica... Y había honradez... Y también había religión... Hoy todo se reduce á hablar de « carros del progreso », de « columnas de la tolerancia... » y luego...

Las frases crueles agonizaban en sus labios antes de ser pronunciadas. En ciertas ocasiones, hablando de la política y de las letras modernas, notaba yo su leseo de expresar gráficamente sus ideas sarcásticas; pero nunca, á pesar de mis esfuerzos, logré hacerle decir una de esas palabras terribles que en sus libros sirven con mucha frecuencia para calificar á los aristócratas de nueva cepa y á los poetas académicos. Explicábame las ridiculeces de Rubén Darío ó de

Catalina; citábame versos defectuosos; enardecíase poco á poco, y cuando la frase brutal parecía indispensable, venía no más una sonrisa, y tras la sonrisa venían algunas palabras casi benévolas:

— Al fin y al cabo en nuestra época no es fácil ser poeta perfecto.

Una de las causas á que don Antonio de Valbuena atribuye la inmoralidad de la literatura y de la política contemporánea, es nuestra falta de fe religiosa.

— Sin religión — decíame — no puede haber verdadera grandeza en los sentimientos y verdadera hermosura en el estilo. La religión es como un aroma íntimo que brota del alma y que perfuma nuestras obras. En santa Teresa ese perfume es divino, lo mismo que en los demás escritores místicos. Pero los que carecen de fe, rara vez son verdaderamente grandes, aun teniendo genio. Espronceda mismo y Campoamor, que á mí no me parecen, sin embargo, enteramente descreídos, carecen *de algo* para ser más grandes aún, y ese algo es el aroma religioso. Por mi parte, creo no haber escrito nunca una línea que, de un modo ó de otro, no haya sido en alabanza y servicio del Señor. Verá usted...

Valbuena fué á buscar, en el otro extremo de la habitación, una balija; abrióla y sacó de entre muchos papeles un folleto.

— Esto lo escribí á la edad de veinticuatro años, á raíz de la revolución de septiembre. Es un opúsculo sin importancia, por el cual, no obstante, tengo un cariño especial á causa de la profesión de fe que contiene... Verá usted... ¿Usted me permite?

Y con voz apagada y monótona, me leyó la página siguiente:

« Soy joven: amo la verdad y la justicia, con todo el ardor con que se puede amar, y á falta de otras buenas cualidades, tengo lealtad y franqueza, y un alma, gracias á Dios, bien templada en el sacrosanto fuego de la fe... No tengo otro anhelo que vencer ó morir peleando, vivir y morir dentro de la Iglesia Católica... ¡Dios de mi alma! Que se quiebre mi pluma y enmudezca mi lengua para siempre antes que venga sobre mi nombre el estigma horrible de los prevaricadores. Bien sabéis que no deseo caer; no me dejéis de vuestra mano y no caeré. Continúad protegiéndome y guiando mi espíritu, y al triunfo de la verdad y de la justicia que defiendo ahora, consagraré todo cuanto pueda y todo cuanto valga mientras me quede una gota de sangre en el corazón y un átomo de vida en el pecho! »

Quien ha escrito esta página, tan extraña en nuestra época y que tanto fanatismo revela, no puede, naturalmente, ser tolerante con los modernos católicos intelectuales, que llenan de vino herético la copa tradicional del Evangelio.

— En Francia — me dijo — hay cierto catolicismo á la moda, que llama desde hace años la atención de los jóvenes literatos y que principia á pasar las fronteras. Ya usted ha visto á Clarín predicando... perorando quiero decir... en el Ateneo... Es muy laudable, en general, esa corriente... Pero todavía no es la corriente pura, la corriente que ha de regenerarnos...

Como crítico literario, Valbuena es el único superviviente perfecto de la raza de Moratín. Pertenece por el espíritu, al mundo de los viejos analistas, que florecieron en Europa á fines del siglo pasado y prin-